

El Primer Sello: El Jinete Blanco

Y fui testigo
de que, cuando el niño rompió el primer sello,
no hubo truenos en el cielo.
Los truenos provenían de la Tierra.

Sonaban como aplausos en los pasillos del poder,
como vítores en las salas de juntas
cuando subía el precio de las materias primas
y caía el valor de la vida.

Y entonces lo vi: un caballo blanco.
Pero no era ningún salvador.
Era una ilusión.

El jinete llevaba una corona,
pero no era divina.

Estaba hecha por manos humanas,
para fingir legitimidad,
para ser utilizada en eslóganes,
por hombres que se benefician
de vender miedo.

En su mano: un arco.

Pero sin flechas.
Porque la amenaza del poder
era suficiente para doblegar a las naciones.

Salió no para liberar,
sino para conquistar la percepción
para hacer que la guerra pareciera noble.
Para hacer que el imperio pareciera divino.

Y lo entendí:
esto no era solo el principio del fin.
Así es como siempre funciona la mentira:
Viste al destructor de blanco.
Llámalo noble.
Afirma que la violencia es necesaria.
Llámalo proteger la libertad.
Échale la culpa a Dios.

El Segundo Sello: El Jinete Rojo

Y fui testigo,
de que, cuando el niño rompió el segundo sello,
la voz que antes gritaba «santo»
ahora gritaba en señal de advertencia.

No desde el trono.
Desde abajo.
Desde la tierra
que había absorbido demasiada sangre.

Y vino otro caballo,
rojo como la furia,
rojo como el fuego,
rojo como la vida derramada.

Su jinete no llevaba justicia.
Se le entregó una espada.
No para proteger.
Sino para quitar la paz de la Tierra.

Para enfrentar al hermano contra el hermano,
al vecino contra el vecino,
a la nación contra la nación.

Lo llamaron fuerza.
Dijeron que estaba justificado,
Fingieron que era defensa.
Juraron que era necesario.
Pero no era nada de eso:

Era guerra por ganancia,
guerra por el control,
guerra para añadir joyas
a la corona del Jinete Blanco.

Y vi
que no mataba solo.

Tenía ayuda.

•
Leyes.

Legalidades.

Políticas.

Todas creadas por hombres,
escondidos tras banderas,
mantenidos a una distancia tal que no sentían el calor.

Y oí los gritos que provenían de los escombros,
de los niños sepultados bajo techos
derribados por misiles.

Y a las madres gritando nombres
que nunca volverían a responder.

La espada no se forjó ese día.

Solo se desató.